

LOS CHICOS DE LA CALLE (1)

**RANCHADAS JUVENILES:
LA LEY DE LA CALLE**

Los más chicos tienen 6 años, los más grandes pueden pasar los 20. Casi no ven a sus familias, hace mucho que dejaron la escuela y viven en distintos puntos de la ciudad, protegiéndose entre ellos de los peligros de vivir a la intemperie social. Son las "ranchadas", grupos de chicos y chicas jaqueados por la pobreza, las drogas y la indiferencia.

Es un día de calor insoportable en la ciudad, el sol está que pincha. La gente que camina por la sombra ni los mira, ya acostumbrada al paisaje. Tirados en esas enormes esponjas que alguna vez fueron colchones, los chicos de la ranchada conocida como "la jaula", en Pompeya, parecen no sentir los agujonazos calientes ni el sonido grueso del tren que llega a la estación, tal vez anestesiados por el paco y el pegamento de la tarde anterior, en uno de los tres días que LA NACION compartió con ellos

A la **ranchada** la llaman "la jaula" porque los pibes duermen en el estacionamiento de un supermercado, al aire libre, delimitado por unas rejas y el borde del alambrado de las vías del tren que va de Pompeya al corazón del Conurbano, de donde son la mayoría de los chicos que deambulan y ranchean en la ciudad.

Hacen la calle juntos, duermen juntos, se protegen entre ellos de los peligros de vivir a la intemperie social, de otras ranchadas, de "la gorra", como llaman a la policía, y, a veces, hasta de ellos mismos, cuando el consumo no los deja "rescatarse".

Eso es una ranchada infantil: grupos de chicos que abandonaron sus casas y los institutos de menores y se juntan en los grandes centros urbanos, en Capital y el Conurbano; también en los del interior, como Santa Fe y Córdoba, donde hay más para repartir.

Suelen reunirse en las cabeceras y las periferias de las estaciones de trenes de **Retiro, Once, Constitución, Pompeya, el microcentro, por la avenida Paseo Colón**, y en barrios de gran circulación de gente como **Caballito y Palermo**, entre otros. Sólo hace falta afinar la mirada para verlos, juntos, en esos espacios abandonados de la ciudad que ellos han convertido en lugar de pertenencia. Allí forman sus **ranchadas, término de origen "tumbero", ligado a la jerga carcelaria: ranchadas son los grupos que forman los presos para defenderse de los demás.**

"Acá nos cuidamos el culo, como quien dice ¿no?, nos protegemos, bolseamos", dice "el negrito", 21 años, líder de la ranchada "la jaula", integrada por otros seis pibes de 10 a 16 años; a veces son más, a veces menos.

Dice que se crió en la calle, que en las ranchadas siempre hay uno más grande que es el que manda y que en la de él no se permite el paco. "Por acá, en el barrio, se consigue a un peso", comenta al pasar.

"Sí querés entrar a la ranchada, tenés que venir bien, no de prepo, porque si no los pibitos te cagan a palos. Cuando se arma, tenés que saltar por tu ranchada, acá se comparte todo. Antes había una piba, pero se mandó una macana y cayó presa, bardió", afirma.

Las ranchadas infantiles son una herida social que no deja de profundizarse.

Así las describe María Sonderéguer, del **Centro de Derechos Humanos de la Universidad de Quilmes**, donde funcionan talleres para chicos de esa ribera. Desde la década del 90, y acentuado por la crisis de 2001, con la pauperización de la sociedad argentina que desarticuló muchas redes sociales, la formación de ranchadas fue ganando espacio, dice Sonderéguer.

"Que se vean o no en la calle no evita el fenómeno, porque hay una política represiva. Por más que haya una buena situación económica hoy, el tejido social no se recompone de inmediato; recomponerlo es muchísimo más lento y trabajoso que destruirlo".

CON PACO Y PEGAMENTO

"La ranchada de Perito [Moreno, a un par de cuadras] está muy bardera, que pasa una señora y la roban, pasa un flaco y le roban, un colectivo y le sacan los aluminios, muy bardo, lo hacen **para comprar paco**.

Con eso "subensubensuben" y después cuando bajan, salen a robar para comprar porque quieren más ¡quieren más! y la policía nos mete a todos en la misma bolsa", cuenta Ariel, 14 años, flaquísimo, con más de cuatro años en "la jaula".

Es una de las pocas veces que Ariel se pone serio para hablar. En otra ocasión lo hizo para hablar de los paraguayos que le deben plata por hacer de campana: "Son los que hacen el juego de la pelotita escondida en los vasitos; si viene la cana yo les aviso; pero no me pagaron por lo del sábado", cuenta tirado en el suelo, medio en broma, medio en serio, mientras se toca el dedo gordo del pie derecho que le sale de la zapatilla, varios números más grande. Por la tarde, cuando el sol se pierda del lado de las vías, ya no podrá enhebrar frases, la **bolsa de pegamento** lo llevará de viaje por ahí.

Ariel dice que en su casa, en Villegas, son "como 100" y que tiene siete hermanos. Uno de ellos es Pablo, de 10, que se pasa el día limpiando vidrios en Sáenz y Perito Moreno. Trigueño, de grandes ojos marrones, Pablo no quiere saber nada con la lata de pegamento, ni la bolsita ni el paco, tal vez porque ve cómo le hacen daño a sus hermanos mayores. "Tengo que ir a la escuela para ayudar a mi abuela", dice, e intenta no atragantarse con unas medialunas "de ayer" que les regalaron. Pero Pablo tiene bronca acumulada, o tristeza, quién sabe. Chicos de otra ranchada le sacaron la gorrita: "Me tuve que agarrar a trompadas", cuenta. Es el único del grupo que anda sin gorrita. "Ya los voy a agarrar a

ésos", desafía.

Por ahí está Claudia, la "mamu", una piba de 14 años (después dirá no recordar cuántos años tiene) que dice ser de González Catán y que ranchea en "la jaula" y otras ranchadas de la zona. **Un cigarrillo descansa en su oreja izquierda y sobresale de su bolsillo una pipeta negra, necesaria para las dosis de paco. "Me doy un toque y te cuento de mi novio"**, dice, y se va un rato para volver, acelerada y sonriente, a contar que tiene 15 hermanos y vuelve de vez en cuando a su casa, y que a su novio, Martín, lo conoció en la calle y que lo que más le gusta de él es que es "un gato relindo".

A la "mamu" no la tratan mejor por ser mujer. De hecho nadie se acordó de ella en el momento de englutir las medialunas. Para poner las cosas en su lugar con otros chicos, adolescentes y más grandes que pasan a saludar, ella tiene en sus puños y su voz el pinchazo paralizante. "Vos calláte, salí de acá, maldito drogón, fisura. Si querés piñas vas a tener, ¿eh?, enano de mierda", le grita a un chiquilín rubión al que llaman Polaquito, que la molesta y escapa riéndose como una ardilla.

El Polaquito goza de la impunidad de ser el hijo del "negrito", líder de la ranchada. Después la "mamu" se dispersa y juega con un perro perdido, al que llamaron "Quieto", un cruza de mantonegro que se les acovachó en la ranchada y chumba a todos los perros-mascota que pasean los vecinos. "A ese perro lo voy a matar ¿por qué no se vuelven para 'la jaula'?", les grita un señor enfurecido por los ladridos. **(Con el temor de la inseguridad, son muchos los vecinos que pierden los estribos y ven en el desamparo de los chicos una forma de amenaza. "Esto se soluciona con un lanzallamas"**, le dijo una vez un vecino de Palermo a Roberto Mariani, de la Asociación Civil El Armadero, un centro que trabajaba con 250 chicos de la calle y fue cerrado por recorte presupuestario en febrero.) Marcelo sonríe al hablar, pero lo que cuenta no es para reír: **"Yo viví en varias ranchadas, como en una de San Telmo y otra en Caballito; está lleno de ranchadas, por todos lados, debajo de los puentes, por todos lados. Una vez vino un puto y se quiso llevar a uno de los más chiquitos. Terrible violín, le metí un fierrazo en la cabeza. Es que le ofrecen un plato de comida caliente, ropa, son muy zarpados algunos, terrible violín", repite el pibe,**

Se ríe cuando el cronista dice que les cree a los chicos de "la jaula" cuando dicen que no consumen paco. "¡Estos, son re-paqueros!", exclama, y su risotada empieza a despertar a la ranchada, los cuerpos molidos comienzan a estirarse. "¿Dónde está la lata?", es lo primero que se preguntan al despertar.

En Pompeya, dice Mariani, es donde se están dando las muestras de peor daño a causa del paco, porque la zona está rodeada por la realidad del narcotráfico, la villa 1-11-14, la villa de Zabaleta. "El Estado está ausente - dice-, hace falta mucho trabajo de fortalecimiento de la familia. La voluntad de trabajo se ve cuando recortás presupuesto."

Mientras llovizna en la ciudad, Roque, 12 años, de Ezpeleta, camina envuelto en una frazada por el hall de Constitución. Invita a almorzar con su ranchada, ubicada en alguno de los vericuetos que hay debajo de los cruces de las autopistas de la zona. Después de negociar con "Tati", el líder, Roque vuelve con la negativa para compartir el almuerzo que humea unos metros más allá. "Están *repasados*, mejor otro día", se disculpa. Antes de despedirse, dice que tiene seis hermanos, que se fue de su casa porque no había para comer y que reparte estampitas en los trenes, que no sabe lo que le gustaría ser cuando sea grande. "Nada", dice, al tiempo que levanta sus hombros y pega media vuelta.

En otra de estas cuevas está la ranchada de "La Pato", una señora con varias cicatrices en la cara, las manos, la nariz achatada. A metros de las camas, los improvisados armarios, la cocina y la nube de moscas, hay un altar del Gauchito Gil. Algunos pibes la llaman "mamá", dicen que es una de las mujeres perversas que da lugar a cambio del "diezmo". Dos chicos duermen en el fondo, en donde hay más colchones. La mujer niega todo y mejor no insistir. "Los quiero como a mis hijos", grita, y el grito se escucha pese al zumbido de los autos que van y vienen por la autopista.

En la última tarde que LA NACION pasa con los chicos de "la jaula", el aire está enrarecido. Se nota que no pasaron bien la noche, la policía los vino a sacar. Hoy está de "visita" otro ex de la ranchada. Es "Charango", más de 30 años, que llega agitando un caño galvanizado y tiende la mano para saludar. Charango compara las ranchadas de antes y las de ahora: ***"Antes yo rancheaba acá. Ranchada significa amistad, estar juntos, ser amigos de la calle. Ahora son muy cachivache, con el paco no hay más códigos, por un paco te meten una puñalada"***.

¿Se rompieron los códigos en las ranchadas?

Y sí, se rompieron, dice Gabriel Rolando, con cinco años como operador de calle del Servicio de Paz y Justicia, la organización que preside el premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel. "Antes había otros consumos, hoy el paco vino a quebrar todo eso. Los lima totalmente. Es muy común ver cómo se garcan entre ellos, se garcan plata, se garcan ropa, y, de ahí, a pelar una faca... el nivel de agresividad aumentó muchísimo. Antes había códigos; por ejemplo, si venía un nene muy chico a la ranchada, la misma ranchada lo inducía a volver a su casa. Lo que pasa es que si llegan a toparse con un adulto perverso de calle, que les da lugar, les da comida, les da una cama...

5

después, con el tiempo, aprenden a pedir, después a robar y, después del robo, lo que viene es dejar el diezmo a ese adulto que les dio un lugar. Eso sigue existiendo y las víctimas son los pibes".

Horacio, el de 16, dice que vive en Laferrere (antes había dicho que vivía en

"La policía nos molesta, anoche vino la brigada y nos sacó los colchones. Tal vez vayamos a dormir a la iglesia de Pompeya, pero de ahí también nos rajaron, nos rajan de todos lados". Horacio aclara que la madre lo mandó a la ranchada para cuidar a sus hermanitos. "¿Pero qué voy a hacer? Este está pegado a la bolsa y no puedo hacer nada", cuenta resignado. Horacio ve una pelota de plástico, dice que él juega de 11 y que juega bien. Sin embargo hace jueguito con la derecha y la zurda parece no responderle, no coordina. Mientras vuelve a pasar el tren repleto de gente hacia el Conurbano, unos metros más allá, su hermano y el negrito se siguen peleando por la lata.
Por Gustavo Barco

Publicado en La Nación de Buenos Aires el 9 de marzo de 2008

LOS CHICOS DE LA CALLE (2)

RADIOGRAFÍA DEL DESAMPARO

Mientras el número de chicos de la calle es una incógnita en nuestra ciudad, un informe de la SUBSECRETARÍA DE PROMOCIÓN SOCIAL PORTEÑA revela duros detalles sobre su situación:
el 77 % consume alguna sustancia tóxica,
el 75 % no asiste a la escuela y
el 55,7 % lleva así más de un año

LOS CHICOS DE LA CALLE CIFRAS ESTADÍSTICAS

- El 77% de los niños encuestados manifestó consumir o haber Consumido alguna vez algún tipo de sustancia tóxica.
- Entre los que no asisten a la escuela, el 85% consume alguna sustancia tóxica, pero esa cifra baja a 43 entre los que sí lo hacen.
- La marihuana es la que más se consume, el 60 por ciento dice Haberla consumido alguna vez. Otras sustancias son el alcohol, el paco, la cocaína, el tolueno, los psicofármacos y la nafta.
- El 75 % no asiste a la escuela. El promedio va ascendiendo a partir de los 13 años. El 77,8% entre los mayores de 13 y el 60,9% entre los menores de 13.
- Son chicos que llevan más de un año en la calle en un 55,7 por ciento, mientras que un 10,7% lleva entre 6 meses y un año. Entre los que están en la calle hace más de un año, los porcentajes por edad aumentan según el rango etario: el 39,1% de los niños entre 6 y 12; el 55,6% de los que tienen entre 13 y 15 y el 64,4% de los mayores de 16.
- El 55% de los encuestados pide en la calle o en las estaciones

Como medio de subsistencia. La segunda actividad es la apertura de Puertas de taxis.

- **El 70% organiza ranchadas con pares**, el 17% con pares y adultos y el 10% con su familia. **El 49% tiene hermanos en situación de calle.**

- **Del todas las niñas y adolescentes** entrevistadas, **el 35% manifestó haber estado embarazada alguna vez**: el 60% de ese total sólo una vez, el 27%, dos veces y el 7% tres veces o más.

- **El 33,3% manifiesta que dejó su casa por maltrato y el 22,2% por Abuso sexual.**

- El 68% nació en la provincia de Buenos Aires y el 21% en la ciudad de Buenos Aires. La proporción se mantiene cuando se los consulta sobre el lugar en el que viven actualmente. Los partidos de Quilmes, Almirante Brown y Moreno son los más mencionados.

- **El 52% se contacta con su familia en forma semanal** (el 20,5% en forma diaria y el 31% cada 7 días). **El 21% lo hace una vez al mes y el 11,5% una vez por año.**

Nadie sabe con certeza cuántos son. Algunas organizaciones no gubernamentales que trabajan en el tema calculan que hay unos tres mil chicos en situación de calle en nuestra ciudad, cifra que no parece alejada de los 4000 contabilizados en 2001 por organismos estatales.

Esta semana, LA NACION obtuvo en exclusiva un informe realizado por áreas dependientes de la Subsecretaría de Promoción Social porteña, que aporta detalles nuevos sobre la situación de estos chicos y chicas que hoy tienen como domicilio permanente la calle (es decir, que no vuelven a sus casas durante la noche) y que tienen o han tenido algún tipo de contacto con los paradores y hogares de tránsito o con los equipos móviles que recorren la ciudad. Son 274 niños y adolescentes de entre 6 y 18 años, de los cuales fueron encuestados 122.

El trabajo revela, entre los aspectos más preocupantes, que el 77 % de ellos ha consumido algún tipo de sustancias tóxicas (la marihuana encabeza la lista); que el 75 % no asiste a la escuela (con un promedio ascendente a medida que va aumentando la edad) y que el 55,7 % lleva más de un año viviendo en la calle.

También señala que el 70 % vive en ranchadas que organiza con sus pares; que los principales medios de subsistencia son la limosna y la apertura de puertas de taxis, y que el 43 % manifestó tener una causa judicial: en los más chicos, la mayoría está relacionada con motivos asistenciales, pero a medida que sube la edad, aumentan las causas penales, especialmente por robo. El relevamiento es como una foto, una instantánea dura de la realidad de **este subgrupo en particular, que es distinto del que cartonea por la noche con sus padres o del que transita por la calle durante el día pero que vuelve a su casa a dormir durante la noche.** Por eso mismo, porque se trata de una

foto, no se habla de cifras definitivas de chicos en la calle, sino de su situación. "Mientras demos una respuesta adecuada y cada vez haya menos chicos en la calle, la manera en que diagnostiquemos es para nosotros un medio, pero no un objetivo", retruca Soledad Acuña, subsecretaria de Promoción Social porteña.

La funcionaria no desconoce las críticas que recibió el relevamiento presentado por su gestión en diciembre último, en el que se habían contabilizado 798 chicos en un censo que duró ocho horas. Pero explica que aquel relevamiento nunca tuvo pretensiones de definitivo. **"La de diciembre y la de ahora son poblaciones distintas. Y hay otras más. Por eso, tenemos pensado hacer un censo en marzo, durante el día, y otro en septiembre durante un fin de semana. Pero, hasta ahora, las políticas de infancia en la ciudad fracasaron justamente por eso: porque trataron a la población como un todo estático y homogéneo."**

Para **diferenciarse**, Acuña recuerda declaraciones de otros tiempos: **"Yo he oído decir a algunos ex funcionarios durante su gestión que los chicos de la calle estaban allí porque elegían estar allí. Y que las políticas estatales debían, sobre todo, facilitarles su estadía"**, continúa la subsecretaria. Uno de los pocos puntos en común entre el subgrupo de diciembre y éste de enero es el lugar de procedencia de la mayoría de los encuestados: la provincia de Buenos Aires: en ambos casos, alrededor del 70 por ciento de los chicos vienen del Conurbano, y en este último caso, especialmente de los partidos de Quilmes, Almirante Brown y Moreno

"La de diciembre y la de ahora son poblaciones distintas. Por ejemplo, una de las conclusiones del censo de diciembre fue que se trataba de chicos que salían a cartonear con sus padres porque estaban en vacaciones. Por eso, **hay que trabajar mucho con la población cartonera para evitar que sus hijos consideren a la calle como un entorno amigable"**, explica Acuña. **El Servicio de Paz y Justicia (Serpaj)** que cuenta con una unidad de trabajo permanente en la estación Constitución es uno de los organismos no gubernamentales que cuestionó la medición de diciembre último.

"Algunas personas están permanentemente en la calle, pero otras satisfacen sus necesidades durante el día y por la noche duermen en sus casas o en los paradores que el propio gobierno ofrece. Entonces nos parece que salir a contar a las personas que estén por la calle de noche va a mostrar sólo una parte del problema", dice Bárbara Emmerich, del área de acompañamiento a adolescentes del Serpaj.

"Nosotros no tenemos cifras para contrastar, pero el solo hecho de ver que la cantidad de gente que día a día se acerca a los paradores nocturnos excede ampliamente la capacidad de albergue de estos lugares es un claro ejemplo de que la Ciudad no está dimensionando adecuadamente el problema."

Más allá de las encuestas y cifras extraoficiales y oficiales, para Leonardo Nicosia, psicólogo y operador de calle **del Programa de Atención a Chicos en**

situación de calle, del gobierno porteño, el aumento de las ranchadas se nota en la labor diaria: "Sí, de 2005 a esta parte hay un aumento. En 2005 contamos 500 y ahora son unos 900.

“Esto tiene que ver con el tema de la pasta base y los chicos que llegan del Conurbano y de las villas de Capital, que de pronto se ven en situación de calle por la adicción, que es un factor muy fuerte para el crecimiento del número de chicos”.

El ministro de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, Daniel Arroyo, cree que el hecho de que la mayoría de los chicos de la calle de la Ciudad hayan nacido en la provincia ***obedece a una máxima que se da aquí y en todo el mundo: la de buscar un lugar que ofrezca mejores oportunidades y, claro está, eso ocurre en las ciudades.***

Pero Arroyo considera a toda el área metropolitana como un continuo urbano en el que hay entrada y salida permanente. "Está previsto que mantengamos reuniones con funcionarios de la Ciudad, pero para mí ***no es decisiva la cuestión jurisdiccional*** y no creo que alguien lo pueda ver así", agrega. En tiempos en los que, justamente, la cuestión jurisdiccional pesa fuerte en las discusiones sobre la salud, los cartoneros y hasta la basura, el ministro piensa, sin embargo, que existe tanto en la Ciudad como en la provincia la convicción de que el abordaje del problema no puede detenerse demasiado en el último domicilio que figure en el DNI de los niños y adolescentes que viven en la calle. Y para contener la situación se propone, principalmente, ***desarrollar programas que fortalezcan a todo el entorno familiar. "Si el chico trabaja para ayudar a la familia, se debe buscar la manera de compensar ese ingreso por otro lado; otorgar becas a los chicos, microcréditos a los padres; asegurar una política alimentaria; capacitar a los jóvenes", son algunas de las iniciativas que enumera.***

Volviendo al nuevo relevamiento, el estudio mostró también que ***disminuye la proporción de consumo de sustancias tóxicas entre quienes asisten a la escuela.***

Y que ***el embarazo adolescente no ocurre precisamente por desconocimiento de la existencia de métodos anticonceptivos sino porque, de acuerdo con Acuña, en el lenguaje de la calle estar embarazada facilita la obtención de recursos y convierte al abusador de la ranchada en un protector. El 35 por ciento de las niñas y adolescentes estuvieron embarazadas alguna vez.***

El 55,7 por ciento lleva más de un año en la calle, lo que representa el 39,1% de los niños de entre 6 y 12 años; el 55,6% de los que tienen entre 13 y 15 años y el 64,4% de los mayores de 16. El 33,3% manifiesta haber abandonado su hogar por razones relacionadas con el maltrato, en tanto el 22,2% asegura haberlo hecho tras haber sido víctima de algún tipo de abuso sexual.

Entre las principales líneas de acción que se propone llevar adelante la nueva

gestión porteña figura la prevención de la drogadicción y el embarazo adolescente. También, el fortalecimiento de las familias y las escuelas, instituciones que pueden volverse expulsivas cuando no cuentan con los medios para contener a un chico que comenzó a transitar la calle. Y la creación de una unidad coordinadora en materia de adicciones que aporte la mirada social del problema, algo que, hasta el momento no existía en la Ciudad.

El Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires cuenta con un parador (hogar en el que el chico ingresa por un plazo muy breve, hasta que se lo revincula con la familia o se lo deriva a un hogar) y tres hogares convivenciales propios (a los que llegan con una orden judicial), más 70 organizaciones no gubernamentales que trabajan con el gobierno porteño.

Acuña reconoce que ***las fugas son frecuentes: "Faltan recursos del Estado y de privados para atender a adolescentes varones, y hogares terapéuticos para chicos que han sufrido alguna situación traumática o padecen algún tipo de discapacidad"***.

Sin embargo, en todas las esferas gubernamentales (porteña, bonaerense y hasta nacional) hoy se piensa en institucionalizar a un chico sólo como último recurso y los esfuerzos se orientan hacia la revinculación familiar.

"En mi caso, por lo menos, yo pienso en la ***revinculación como prioridad, aunque con un límite: el del sentido común.*** En los casos en los que hubo abuso o violencia, no podés revincular", opina la subsecretaria.

Ese mismo sentido común, dice, debe guiar cualquier política de minoridad en riesgo.

"Los chicos no tienen que estar en la calle y a la noche tienen que irse a dormir. Esto no es ni de derecha ni de izquierda. Es algo que nos parece fundamental cuando se trata de los hijos de uno, y tiene que cumplirse para todos."

Por Lorena Oliva

De la Redacción de LA NACION

Publicado en La Nación de Buenos Aires el 9 de marzo de 2008